

macrotema o architema —gran tema, tema único o dominante— de toda la obra de Unamuno. No se trata de nada extraño. Se trata, sencillamente, de no perder de vista que todo proceso semiótico es un proceso de producción de sentido, pero de sentido humano a los niveles más profundos, desde los de la propia identidad personal vivida como problema hasta los que eso que llamamos Cultura vuelca sobre el hombre en inmensa catarata de símbolos. No existen signos ni símbolos exclusivamente formales.

Por eso, estoy convencido de que este texto, en su esquematismo visceral, es el epitome, el índice, el resumen o compendio más entrañadamente condensado de la obra total y de la personalidad total de Unamuno. Por consiguiente, en este brevísimo texto, a mi entender, está Unamuno de cuerpo entero, de alma entera, de mente entera, de obra entera. Lo cual, de ser cierto —y yo creo que sí lo es— marca con un sello o impronta de excepcional importancia al texto mismo, que, para colmo, es la última obra en prosa que don Miguel escribió; tan última que, hoy y para nosotros, es póstuma.

Sobre algunas impresiones personales que la lectura del manuscrito de Unamuno me causó en la primera lectura, diré algo más adelante.

#### IV. El texto de Carlos Feal

Ocupa desde la página 61 a la 158 del volumen. He calificado, de forma general, este estudio como ensayo. Intentaré particularizar esa forma general en las líneas que siguen.

En realidad, lo que Carlos Feal nos ofrece es un trabajo riguroso y completo —rara vez puede aplicarse a un trabajo el calificativo de exhaustivo— en el que encontramos, en estricta contextualidad orgánica, una fuente de información detallada y desarrolladamente histórica y en el que se explican las circunstancias de las *Notas* que, en esencia, son una mera y escueta agenda: una alusión, un apunte, un dato, un hecho, una fecha, un personaje, un pensamiento, una máxima, un problema obsesivamente recurrente, un desahogo, un desplante, etc. En este sentido, el estudio puede ser considerado como paratextual.

Desde otro punto de vista, el trabajo de Feal es un

instrumento de carácter pragmático. Se trata, en definitiva, de un pequeño —y acaso imprescindible— diccionario, de un subsidio exegético puesto a disposición del lector para que pueda éste entender —descodificar, si se prefiere, y volver a codificar— la información que el texto unamuniano contiene. Pero hay una particularidad muy digna de subrayado y de encomio: las ilustraciones que Feal hace al texto de Unamuno están sacadas de otros textos, o pasajes de textos, del mismo Unamuno, con los que este texto está unido por correspondencias que el comentarista se encarga de poner de manifiesto ante el lector. En este sentido, el estudio tiene carácter intertextual/intratextual y, además, «ambicioso», en el significado etimológico más estricto de este término, que es el de denotar un ámbito concreto —delimitándolo— y el de moverse de forma inquieta, incansable, dentro de él, pero sin salirse de él. Así, se comprende por qué y cómo este texto se coloca dentro del ámbito único y total —macrotexto— que la obra entera de Unamuno conforma y es. Dado que Feal realiza su operación —que bien pudiera calificarse de «comentario», como queda insinuado— desde fuera, objetivamente —norma, por otra parte, de obligado cumplimiento—, su estudio resulta ser metatextual, es decir, relacionado críticamente con el texto comentado; de ahí, su robustez objetiva y su fiabilidad hermenéutica.

Matizo una cuestión que me parece central porque congrega en su entrada las fibras vitales del texto de Unamuno, las del texto de Feal, las de este humilde texto mío, y, de manera inevitablemente más amplia, las de todos los textos que cada lector va co-creando por medio de la lectura. La matización se aloja, por tanto, y también, en el plano o nivel pragmático.

Así, pues. El estudio/trabajo de Feal puede ser considerado como importante, incluso como admirable. Bien. Pero debe ser juzgado, según creo —y de ahí la insistencia que en lo ya escrito supone esta matización—, como el «comentario», como el «glosario», como el «subsidio exegético», como el «foco hermenéutico», etc. que en realidad es, ni más ni menos. ¿Quién puede tener dudas acerca de que un juicio de este talante se instala en un nivel u orden pragmático? Por consiguiente, quien decide en este juicio es el lector. Esto significa que él es el que hará uso del «comentario» según, cuando y como lo requiera, aconseje o exija su propia necesidad, y esa nece-

sidad estará forzosa y directamente relacionada con la competencia que el lector mismo tenga sobre la obra completa de Unamuno, es decir, con su grado de conocimiento y entendimiento de esa obra. Ello implica que a mayor competencia, menor necesidad de «diccionario», y, a menor competencia, mayor necesidad de él. Entiéndase, sin embargo, que lo enunciado aquí como algo burdamente mecanicista, no responde a la realidad —a veces ni de lejos—, ya que, paradójicamente, los que, por ejemplo, mejor dominan una lengua son los que con más frecuencia acuden al diccionario...: quizás, el hecho de dominarla mejor sea, a un tiempo, causa y efecto del uso asiduo del diccionario.

Con esto quiero decir que, al igual que cualquier otro texto —todo texto—, el de Feal, autónomo como es e independiente del de Unamuno —aunque estrechamente relacionado con él—, predetermina o, al menos, insinúa y postula su tipo de lector más apropiado, modélico, que será aquel que mejor se ajuste a sus rugosidades y superficies —y ello, por voluntad del autor y por la forma peculiar de construcción que el texto en cuanto objeto-producto tiene en sí mismo—. Esto es evidente.

Pero, a mi juicio, es también evidente que el espectro de lector modélico o destinatario privilegiado de este «comentario» es un espectro muy amplio, razón por la que lo leerán con provecho tanto los bien enterados como los bien interesados. Unos y otros «se fían» del comentarista porque entre éste y aquéllos hay un pacto que, de ordinario, funciona sin traiciones recíprocas.

No es matización baladí. Al revés: personalmente, la tengo por fundamental, tanto más, cuanto que no todos los comentarios —es decir, no todos los comentaristas— admiten de hecho —aunque teóricamente nadie lo niegue— que la asepsia y la objetividad, cuanto más radicales sean, mayor autonomía confieren al comentario. Hay una sutil corriente subterránea de subjetivismo que aflora de manera incontrolada e inconsciente, motivo por el que no raras veces se superpone el comentario a la idea comentada, recubriéndola. En tal coyuntura, nadie gana: pierde el texto-comentario, pierden autonomía uno y otro, se produce la mistificación intelectual y aun la ideológica, el escritor que comenta atribuye ideas de su propia cosecha al escritor del texto comentado, la cosecha de éste se va pudriendo, y llega —antes de lo que de ordinario se piensa— un momento en el que la confusión

es tan espesa que resulta imposible ya la atribución correcta de cada cosa a su dueño. Se impone entonces la vuelta a las fuentes. Pero la niebla se resiste siempre a ser clarificada, y las correcciones de rumbo en este campo nunca llegan a ser conocidas por todos. Del mal hecho, siempre queda el depósito más dañino...

Por fortuna, no es éste el caso. Aquí hay dos autores y dos textos, nítidamente separados y cada uno con su fisonomía inconfundible. Y yo, comentarista del comentarista, estoy produciendo un tercer texto —evidente producto de la lectura— del que me siento absolutamente tranquilo porque no entra en juegos de competencias. Mi texto es una simple señal de tráfico, un aviso, que aparece en la carretera y que, una vez visto/vista, queda atrás.

Desde esta perspectiva —que la velocidad dibuja—, me permito señalar dos detalles —más pudiera, pero dos me parecen muestra suficiente— que, unidos a los de Feal en su lugar correspondiente, pueden resultar de algún provecho o de mínima ilustración para el lector.

El primero se refiere a la quinta línea de A2 (pág. 21). Leo: «2 ag. prociúncula. Ursulas». Parece una anotación de diario personal; seguramente lo es. Se refiere a un hecho religioso, y religioso es básicamente su sentido. Feal afirma que «la evocación de la Porciúncula, fiesta de paz, introduce un neto contraste con el ambiente de guerra existente ese día (2 de agosto) en la España del 36» (pág. 73); y en la página 131 enriquece la información sobre la Porciúncula, basilica —dice— que era, un centro notable de peregrinación y a la que se adjudicó un jubileo durante el que tenía vigencia y se respetaba «la tregua de Dios». De acuerdo. Sin embargo, mi interpretación es más simple —y, paradójicamente, más compleja—: personalmente, creo que la anotación de Unamuno tiene un carácter rigurosamente histórico-personal. En efecto, la Porciúncula («partecita», «porcioncilla») fue el primer convento de la Orden franciscana, en Asís. Y precisamente el 2 de agosto es el día del llamado Jubileo de la Porciúncula en el que se gana indulgencia plenaria visitando —cabalmente, insisto, ese día, 2 de agosto— una cualquiera de las iglesias de la Orden Seráfica. Las Ursulas o Ursulinas no son religiosas franciscanas; siguen la Regla de San Agustín. Pero su aparición en el texto de Unamuno no es incoherente. El papa Pío X concedió que dicha indulgencia plenaria se pudiera ganar en iglesias no pertenecientes a la Orden de san Francis-